

## EL MUNDO LAICO

### EL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ, CONCIENCIA MORAL DE CHILE

Oscar Pinochet de la Barra (\*)

El Cardenal Raúl Silva Henríquez es una de esas grandes figuras que los países ven surgir cada siglo, sobrepasando toda clasificación y abarcando la vida nacional entera. Son figuras fuera de serie, son faros que orientan a las muchedumbres, cuya luz les sobrevive y quedan iluminando la historia por generaciones enteras, constituida en conciencia moral de la nación.

Entre 16 y 17 años tiene el joven Raúl cuando da su bachillerato y entra a estudiar Leyes en la Universidad Católica de Santiago, luego de haber cursado Humanidades en los colegios Blanco Encalada, de Talca y Verbo Divino, de Santiago.

Egresado de la Universidad pero siente el desasosiego de quien intuye que no está en su verdadera vocación y los Salesianos le atraen y Dios le llama y hay algo que tiene Don Bosco que no ve por otros lados: un sentido práctico, eso de ¡A Dios rogando y con el mazo dando! El muchacho veinteañero se ha descubierto una característica muy personal: es un gran organizador, le gusta hacer cosas, un hombre que no sólo ama a los pobres sino que les ayuda efectivamente. En el noviciado se muestra activo como el que más y sus superiores pronostican: "éste será un salesiano de trabajo".

Va a Italia, a Turín; sus estudios se alargan varios años y ya recibido sacerdote regresa a Chile en un momento muy especial: gobierna Pedro Aguirre Cerda, el maestro radical del Frente Popular y los tiempos están muy revueltos; para el

---

(\*) Abogado. Ex-Diplomático. Miembro de la Junta Directiva de la Universidad de Talca.

salesiano de 31 años, lleno de ímpetus, esta mar revuelta será ganancia de pescadores, de pescadores de hombres.

Vienen 20 años - de 1939 a 1959 - y la gente comienza a hablar de este padre Silva tan activo como educador y organizador ¡y como constructor! y van saliendo colegios e iglesias con el dinero que sabe conseguir. Él mismo cuenta: "Inicié mi aventura de pedigüeño...;qué no hice!". Y es así como el Padre Silva culmina con la construcción del hermoso templo de La Cisterna en Santiago. Un gran talquino, Luis Felipe Letelier Icaza, exclamará años después: "¡Si Silva no hubiera sido Cardenal, debiera haber sido Ministro de Hacienda...!".

El padre Silva está lanzado en una carrera de organizador que no le pasa inadvertida al Nuncio Sebastiano Baggio y así, un día que parecía igual a los otros, es designado para crear y dirigir Caritas Chile apoyado por el Obispo Manuel Larraín Errázuriz.

Comienza una carrera que le hará conocido más allá de nuestras fronteras. El padre Silva está volando cada vez más alto; destaca su vigorosa personalidad junto a características ya conocidas: vehemencia y coraje para hacer frente a situaciones difíciles.

En 1959 es consagrado Obispo de Valparaíso; en 1961, Arzobispo de Santiago; en 1962, Cardenal. El padre Silva pasará rápidamente a ser el maestro de todos sus conciudadanos; el constructor de escuelas y templos se empeñará en adelante en la reconstrucción de la República entera.

*El Mercurio* de Santiago lo pinta con acierto en su editorial del 14 de abril de 1962: "...personalidad recia y dinámica de un gran carácter moral...ejemplo de un pastor moderno, imbuido de hondas inquietudes sociales y vinculado a obras de gran beneficio y de positiva ayuda para los seres más desvalidos".

Termina el gobierno de Jorge Alessandri y el Cardenal ya está entregado a su trabajo en el campo social, comenzando por la reforma agraria de algunos bienes de la Iglesia, que había iniciado el Obispo Larraín y la publicación de una pastoral sobre los deberes sociales y políticos de los católicos. Pero él desea sacar a los fieles de su marasmo espiritual y los sacude violentamente con la llamada Gran Misión. Las iniciativas se multiplican y llegan las elecciones presidenciales de septiembre de 1964 que elevan a la suprema magistratura a Eduardo Frei Montalva. Se inicia con él una hora de cambios.

El Cardenal advierte al clero respecto a su independencia frente a los comicios, pero eso no significa, en modo alguno, prescindencia en la acción, pues, enfatiza, la Iglesia no puede defender "el actual estado de cosas" y el país necesita, por el contrario, agrega, "grandes reformas".

El Cardenal no nació para acomodar la verdad según las circunstancias y será acusado más de una vez, en su larga gestión, de favorecer tendencias partidistas por quienes no gustan de su modo franco y directo de decir las verdades y hacer frente a los problemas.

El gobierno de Frei Montalva, Presidente católico, no le evita al Cardenal un periodo difícil. Ahí está el episodio de la Universidad Católica y la toma de la Catedral de Santiago por algunos católicos, incluso sacerdotes.

Pero es la reforma agraria promovida por la Iglesia lo que le causa mayores dolores de cabeza. De la Diócesis de Talca se han distribuido 150 hectáreas y 3000 de la de Santiago, aunque pronto el Cabildo Metropolitano de la capital se opone a continuar la parcelación. El Cardenal exclama: "...es una situación de escándalo en la Iglesia...tratemos de llevar esta pequeña cruz con santa calma".

Silva Henríquez está preocupado por la situación político-social del país. En julio de 1961 ya ha advertido: "O evolucionamos rápidamente o nos enfrentamos a una catástrofe social". Y luego este miembro honorario de la Academia Chilena de la Lengua redacta unas palabras sabias y bien escritas, oigámoslas: "El rostro de nuestra patria nos parece un rostro lleno de luces y sombras; nos parece el rostro de un pueblo que tiene grandes virtudes, que abriga grandes esperanzas y que a la vez se ve martirizado por grandes temores, por dolorosas discordias, envidias; los contrastes y desilusiones, las luchas que la desangran, las pasiones desatadas que la acosan ponen en el rostro de nuestra patria la corona de espinas, los golpes, los salivazos que también desfiguraron el rostro de Cristo".

Llegan las elecciones presidenciales de 1970. El país está excesivamente politizado, los partidos se dividen, la violencia se manifiesta a diario, en la prensa se juega con el honor de las personas. El Pastor advierte y sufre. Triunfa Salvador Allende en los comicios. Su amigo Frei deja La Moneda no sin antes dirigirle unas líneas afectuosas y justicieras: "Ud. ha sido un gran Pastor. Con el tiempo se reconocerá su labor". Es el 2 de noviembre.

Los presentimientos del Cardenal se irán desgraciadamente cumpliendo. Él advierte acongojado: "El camino de la justicia no pasa por la violencia". Y no es que el gobierno de Allende le haga difícil su labor. Lo reconocerá años después, en 1983, en una entrevista: "El Presidente siempre se mostró dispuesto a dialogar y a encontrar una solución", son sus palabras. Sin embargo, se presiente y aun se oye un estremecimiento como de aguas que están rompiendo sus diques y pueden caer en cualquier momento sobre las cabezas de los chilenos.

Y las aguas comienzan a caer. Se suceden los asesinatos del general Schneider y del Ministro Pérez Zujovic; el grupo de sacerdotes, monjas y laicos "Cristianos para el Socialismo" hace su entrada en el escenario. Soplan vientos que los chilenos habían ya olvidado y él advierte, en febrero de 1973, en la revista *Ercilla*: "La guerra civil es una confesión de fracaso y un signo de descomposición...nadie vencería y se desangraría el alma de una nación".

Toda esta etapa del Cardenal es de enorme preocupación. Parece que Dios lo hubiera escogido por sus condiciones de carácter para presidir la Iglesia chilena en los tiempos más difíciles y sobresaltados de su historia.

Julio y agosto de 1973 ven al Cardenal en una carrera contra el tiempo a fin de

conjurar la revolución que se avecina. Se suceden las reuniones en el palacio de La Moneda y en la residencia cardenalicia, donde cenan el 17 de agosto de 1973, Allende y Aylwin con Silva Henríquez. Parece ser demasiado tarde. El costo de vida ha subido el 323%, la Cámara de Diputados ha acusado al gobierno de "grave quebrantamiento del orden constitucional y legal", el país está paralizado por las huelgas.

El 11 de septiembre, para bien o para mal, se incorpora a la historia de Chile.

Triste está el Cardenal, es uno de los momentos más amargos de su vida, pero es un hombre de acción y reacciona rápido creando el Comité Pro Paz. Millones de chilenos miran hacia él. El mundo civil ve nacer un líder.

Las relaciones del Cardenal Silva Henríquez con la Junta Militar comienzan tensas y así se mantendrán. Las declaraciones del general Pinochet tratan de dar confianza: "Chile volverá a su tradicional sistema democrático cuando vuelva a la normalidad", y para quienes se preguntan cuándo ocurrirá eso, agrega: "Dentro de unos días todo volverá a estar normal".

Los días se alargan, son tiempos de incertidumbre. El Cardenal y gran parte de los chilenos quisieran creer que todo terminará pronto, pero hay derramamiento de sangre y hay desaparecidos y el Cardenal nació para decir la verdad y luchar por la justicia. Su vida, por eso mismo, está llena de acontecimientos de gran intensidad. Él no ha buscado esos problemas, pero le ha tocado vivir una historia patria repleta de sucesos que más de una vez lo hacen aparecer invadiendo campos ajenos.

Pasan los años 1974 y 1975 y las relaciones entre la Iglesia chilena y el gobierno militar se vuelven francamente difíciles. El 1 de enero de 1976 nace la Vicaría de la Solidaridad para defender a los que no tienen voz y las dificultades e incomprensiones para el Pastor y su obra aumentan.

Su accionar no se agota, sin embargo, en esta permanente defensa de la vida y derechos de sus conciudadanos. En el campo internacional es autor de una iniciativa para obtener la mediación papal, consultada con el episcopado argentino, que tiene amplia acogida por Juan Pablo I y Juan Pablo II y que llevará al Tratado de Paz y Amistad de 1984.

Es de todos conocida la fotografía que lo muestra de rodillas, en plena plaza de San Pedro, en Roma, frente al recién elegido Juan Pablo I diciéndole algo al oído, era nada menos que una súplica: "intervenga en el conflicto chileno argentino". Qué duda cabe, en ese momento salía a la superficie, incontenible, el afán del Padre Silva, siempre dispuesto a no aplazar las cosas, imbuido de la enseñanza evangélica de decir la verdad con oportunidad o sin ella.

Su fama de defensor de los derechos humanos ha cruzado hace tiempo la frontera y tiene reconocimiento especial - uno más - en las Naciones Unidas el 10 de diciembre de ese año cuando recibe a nombre de la Vicaría de la Solidaridad el Premio de la Defensa de los Derechos Humanos, junto con la viuda de Martin Luther King y de Amnistía Internacional.

Su discurso es aplaudido y, una vez más en Chile, algunos lo acusan de hacer

política.

En los últimos años de su apostolado seguirá siendo fiel a su suprema ambición de construir la paz en la justicia. Recibe entonces, en enero de 1981, un fuerte golpe: muere inesperadamente su amigo de toda una vida, Eduardo Frei Montalva. Su voz resuena en la Catedral de Santiago: "Hemos perdido a un amigo ¡Qué digo! hemos perdido a un hermano...". Su voz se quiebra: "Sentimos un dolor profundo".

Los plazos se cumplen y el 1 de mayo de 1983 deja de ser Arzobispo de Santiago. Tiene 75 años; su espíritu está siempre joven, sus ideas claras, su voluntad indomable. Dice a Raquel Correa en *El Mercurio*: "La paz se debe defender sobre la base de la verdad y de la justicia. La unidad no se busca sacrificando la verdad".

Este es el hombre público, el Pastor, el maulino destacado que hoy recibe la Medalla Abate Molina. Este es el hombre que ha sufrido por darnos paz y justicia. Este es el hombre que ha tratado sobre todo de humanizar el mundo civil.

Deseo terminar estas palabras leyéndoles unas pocas líneas de su discurso de 3 de julio de 1978, al cumplir 40 años de sacerdocio.

Son acentos de quien ha tenido su propio calvario de entrega total por sus semejantes. Oigámoslo.

"Me he visto en situaciones tan difíciles.  
Decirles a los hombres que se amen  
cuando el odio les llena el corazón.  
Decirles a los hombres que sean justos  
cuando la ambición los ciega.  
Decirles a los hombres que sepan perdonar  
cuando la venganza hierva en su corazón.  
Decirles que sean mansos  
cuando quieren usar la violencia.  
¡Qué difícil es, Señor, todo esto!  
¡Qué difícil es entrar en la lucha de los hombres  
para apaciguarlos,  
para hacerles creer que amar  
es mil veces más hermoso que odiar  
y que una vida, una ciudad,  
un Estado, una nación  
no se construyen sino con el amor!".